


¿Es posible considerar la labor artística como una forma de producción de energía libre?

Nuestra producción y saber artístico yacen en la inercia del sistema propulsor de occidente, en términos materiales e ideológicos. El saber artístico, como cualquier otra disciplina de conocimiento, se despliega mediante una dependencia energética basada en la extracción de recursos naturales. No podemos negar que la producción artística interactúa dentro del sistema de combustión global. ¿Saben lo complicado que sería comunicar este texto sin el uso de petróleo ni de minerales? De hecho, sería interesante que los algoritmos empezaran a cuantificar la cantidad de energía que consumen determinados saberes.

Podría afirmar que soy artista. A pesar que, desde hace un par de años mi labor artística no despierta demasiado interés público. Mi reciente trabajo artístico se sustenta en base a mi gestión económica derivada de un sueldo de profesor en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona. Aunque mi trabajo no circula en el mercado del arte, podemos entender que mi producción consume energía de un tentáculo del sistema del arte. Incluso, retrocediendo tres años atrás, cuando trabajaba haciendo pasteles en un pequeño café de Berlín, nunca dejé de producir. Además, durante ese periodo redacté mi tesis doctoral. En ese caso, podemos considerar que mi práctica artística poseía un elevado nivel de entropía. Una parte de la energía que extraía de mi trabajo se había diversificado como humo, como “trabajo artístico” en el contexto del arte. Desde esa perspectiva, empeñarme a ser artista fuera de las fronteras del mercado del arte, puede parecer que es más insostenible que ser un artista con cierto reconocimiento. Sin embargo, no tan sólo debemos considerar el consumo de energía del arte, sino también el tipo de energía que éste produce.

A pesar de que la tendencia del universo es distribuir la energía uniformemente, el desarrollo de occidente se ha orientado en la domesticación, centralización y privatización de ésta. Ese fenómeno se cristaliza en todas las lógicas de producción del capitalismo, del capitalismo cognitivo y del capitalismo computacional. De ahí, se extrae la definición de energía como “capacidad de los cuerpos para producir un trabajo”, es decir, la energía enfocada como una fuerza industrial, mercantil y productiva. A pesar de eso, también podemos considerar la energía como una fuerza de comunicación incondicional, como una fuerza que irremediamente no puede dejar de transmitir información de un sistema a otro. De ese modo, las experiencias estéticas y cognitivas que fabrica el arte, pueden percibirse como una simple forma de comunicación bioquímica entre cuerpos.

Es posible pensar y sentir un principio eléctrico más allá de nuestra organización social; el que atómicamente conecta a la bioelectricidad de los organismos con el tendido eléctrico cósmico. Concebir al ser humano como un nodo ensamblado en una gran masa o red de energía, disemina por completo la raíz del sujeto antropocéntrico. Nuestra obligación debería de ser la de reclamar la libre circulación, dispersión y plasticidad de la energía. Así, yuxtaponiendo energía y arte, en tanto que fuerzas anárquicas de transmisión incondicional de información que yacen sujetas a protocolos productivos y a sistemas de mediación económica, declaro que mi producción artística se codifique como objeto de dominio público, impidiendo y negando su comercialización económica, reemplazando así su valor de cambio adquirido por inercia sistémica, por un valor de uso libre e incierto.



Ricardo Trigo, 13.820.000.000